

pero cierto celoso lo ha descubierto todo, dando parte á la justicia, la cual debía hoy ir á la ermita á echarnos mano. Ayer, mientras Ambrosio hacía su cuestación en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole:

— »Una amiga mía me escribe esta carta que iba á enviaros con un propio. Muéstrsela al hermano Juan, y tomen sus medidas en informándose de su contenido.

»Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que nos obligó á abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitación.»

CAPÍTULO II

De la conferencia que tuvieron don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque

Luego que acabó don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le había divertido mucho. Después de este cumplido, tomó la palabra el Sr. Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas, le dijo:

— Don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar.

— Dices bien, respondió su camarada; es menester pensar adónde hemos de ir.

— Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazón no sé qué presagio de que daremos golpes magistrales.

Don Rafael, que sobre estos asuntos tenía gran fe en sus pronósticos infalibles, accedió luego á su opinión. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana, y después cargamos el caballo con la bota de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros,

quisimos salir del bosque; pero aún no habíamos andado cien pasos, cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en qué pensar.

— ¿Qué significa aquella luz?, preguntó don Rafael. ¿Serán acaso los corchetes de la justicia de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, y que creyéndonos en este bosque, nos vendrán á buscar en él?

— No lo pienso, dijo Ambrosio; antes bien serán algunos pasajeros que por haberles cogido la noche se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero yo ir á reconocerlos: mientras tanto quedaos los tres en este sitio, que vuelvo en un momento.

Diciendo esto, se fué acercando poco á poco adonde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedían el paso, y al mismo tiempo, mirando con toda la atención que á su parecer merecía el caso, vió sentados sobre la hierba, alrededor de una vela colocada sobre un montoncito de tierra, á cuatro hombres que acababan de comer una empanada y de agotar una gran bota de vino. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una mujer atados á dos árboles, y algo más allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados debían ser ladrones, y por la conversación que les oyó, acabó de conocer que no había sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre de quién había de ser la dama que había caído en sus manos, y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela, volvió adonde estábamos y nos informó menudamente de todo lo que había visto y oído.

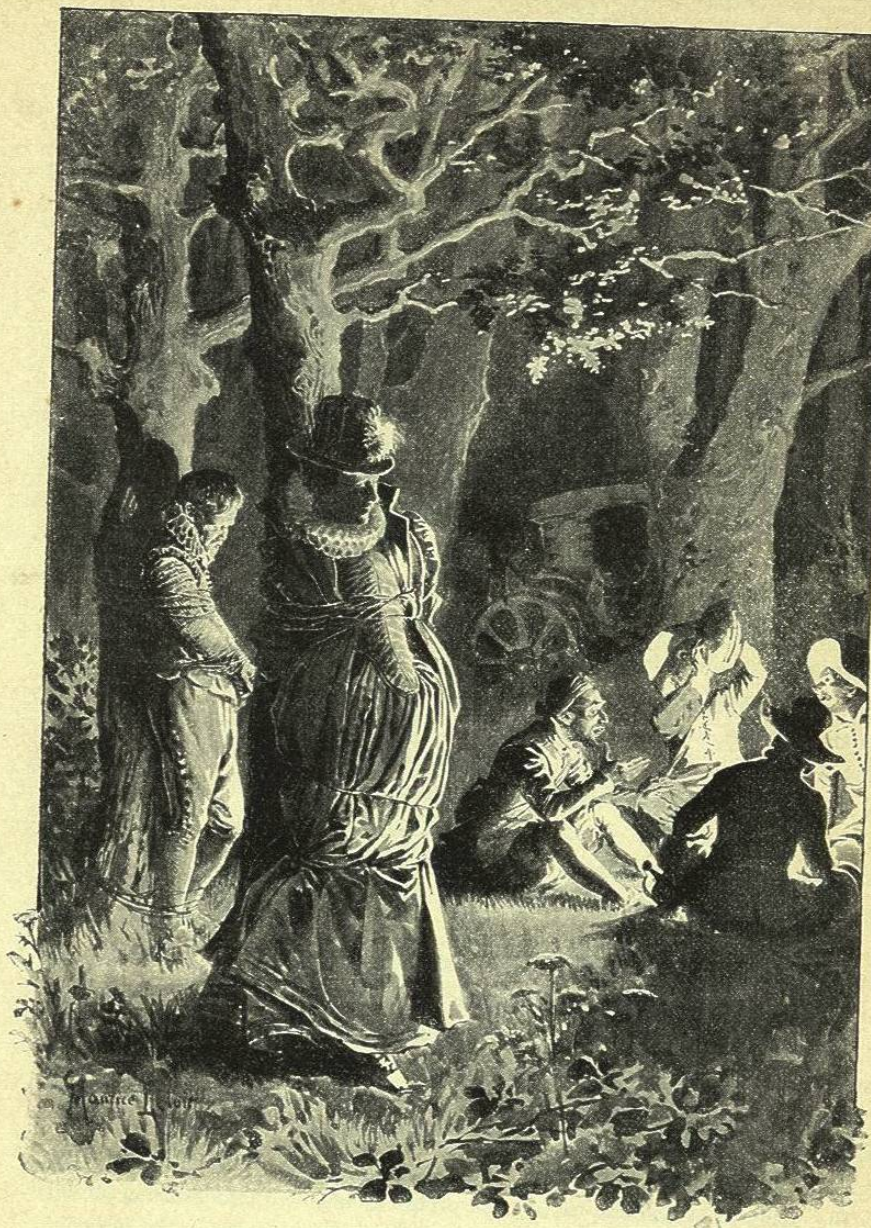
— Señores, dijo entonces don Alfonso, la mujer y el hombre que tienen atados á los árboles los ladrones, quizá serán una señora y un caballero de distinción. Y ¿hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctimas á la barbarie y á la brutalidad de unos malhechores? Creedme, señores, echémonos sobre esos bandidos y mueran todos á nuestras manos.

— Consiento en ello, dijo don Rafael; yo estoy tan pronto á hacer una buena acción como una mala.

Ambrosio por su parte protestó que sólo deseaba concurrir á una empresa tan loable, de la cual preveía que seríamos bien recompensados, según su modo de pensar.

— Y aun me atrevo á decir, añadió, que en esta ocasión el peligro no me amedrenta y que ningún caballero andante se manifestó nunca más pronto al servicio de las damas.

Pero, si se han de decir las cosas sin faltar á la verdad, el riesgo no era



A poca distancia descubrió á un hombre y á una mujer atados á dos árboles

grande, porque, habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, no nos fué muy difícil ejecutar nuestra resolución. Atamos, pues, á un árbol el caballo y nos fuimos acercando con silencio y á paso lento á los ladrones. Acalorados éstos con el vino, hablaban todos metiendo un ruido confuso que favorecía mucho el golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes de que nos viesen, y disparándolas sobre ellos á boca de jarro, todos cuatro quedaron tendidos sobre el suelo.

Durante esta expedición se apagó la luz y nos quedamos en la obscuridad; sin embargo de esto, acudimos inmediatamente á desatar al hombre y á la mujer, que estaban tan poseídos de terror que no tuvieron aliento para darnos las gracias por el bien que acabábamos de hacerles. Verdad es que ignoraban aún si debían mirarnos como á bienhechores ó como á nuevos bandidos que los habían librado de los otros quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos sosegarlos, asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta que, según decía Ambrosio, no distaba más que media legua de allí, donde podrían tomar las precauciones necesarias para llegar con seguridad adonde se dirigían. Después de que los hubimos animado, los metimos en su coche y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron en seguida á visitar las faltriqueras de los vencidos: después fuimos á desatar el caballo de don Alfonso y nos apoderamos también de los que eran de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos y llevados otros del diestro, seguimos al hermano Antonio, que había montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el Sr. Lamela nos había dicho que no estaba muy apartada del bosque.

Llamamos á la puerta con fuertes golpes, porque toda la gente de la casa estaba ya acostada. Levantáronse y vistiéronse de prisa el ventero y la ventera, que no mostraron el menor enfado de que les hubiesen despertado á lo mejor del sueño, cuando vieron una comitiva que prometía hacer mucho más gasto en su casa del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron la mano á la señora y al caballero para ayudarlos á bajar del coche, sirviéndoles como de gentileshombres hasta el cuarto adonde los condujo el ventero. Allí se hicieron mil recíprocos cumplimientos y quedamos muy admirados cuando llegamos á saber que los personajes á quienes acabábamos de libertar eran el

conde de Polán y su hija Serafina. Pero ¿quién podrá describir el asombro de esta señora y de don Alfonso cuando se conocieron? El conde no reparó en este pasaje porque estaba distraído en otras cosas. Púsose á contarnos menudamente el modo con que les habían asaltado los ladrones y se habían apoderado de su hija y de él después de haber muerto al postillón, á un paje y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que nos estaba infinitamente agradecido y que si queríamos ir á Toledo, donde estaría de vuelta dentro de un mes, nos daría pruebas que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó reconocido.

A la hija de aquel señor no se le olvidó darnos también mil gracias por su dichosa libertad; y habiendo juzgado don Rafael y yo que gustaría don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella viuda joven, lo dispusimos prontamente, entreteniendo al conde de Polán.

— Bella Serafina, le dijo don Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de la desgraciada suerte que me obliga á vivir como un hombre desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir al importante servicio que se os ha hecho.

— Pues qué, ¿sois vos el que me habéis salvado la vida y el honor? ¿Sois vos á quien mi padre y yo somos tan deudores? ¡Ah, don Alfonso!, ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano?

No le dijo más; pero él comprendió bastante, por sus palabras y por el tono en que las dijo, que si amaba con extremo á Serafina, no era menos amado de ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	Páginas
<i>Declaración de Lesage.</i>	5
<i>Una palabrita al lector.</i>	9
LIBRO PRIMERO	
CAPÍTULO I. — Nacimiento de Gil Blas, y su educación.	11
— II. — De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñafior, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.	13
— III. — De la tentación que tuvo el arriero en el camino; en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.	21
— IV. — Descripción de la cueva subterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.	24
— V. — De la llegada de otros ladrones al soterráneo, y de la conversación que tuvieron entre sí.	27
— VI. — Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativa.	33
— VII. — De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.	36
— VIII. — Acompaña Gil Blas á los ladrones; qué empresa acomete en los caminos reales.	38
— IX. — Del serio lance que siguió á la aventura del fraile.	41
— X. — De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.	45
— XI. — Historia de doña Mencía de Mosquera.	51
— XII. — Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversación de la señora y de Gil Blas.	57
— XIII. — Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se encaminó después.	63
— XIV. — Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencía.	67
— XV. — De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la señora y del equipaje en que salió de Burgos.	71
— XVI. — Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.	75
— XVII. — Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.	81